dónde venía en Marta? No era de su educación, pues la sola influencia moral ejercida sobre ella por Jerónimo y por su madre había sido demasiado breve é intermitente. Nada había influído en ella con tan imperiosa fuerza como esa molestia egoísta resultado de su falta. No sólo había cambiado físicamente después del pecado, sino que no se sentía ya la misma persona ni creía tener los mismos derechos ni las mismas posibilidades. Irritada al echarlo de ver, no quiso reflexionar más y se limitó á pensar : « La primer noche en que Magdalena esté ausente, iré á buscar al príncipe y á hablar con él. El paso será difícil, pero ¿ qué puede oponer á mi reclamación de recobrar mi puesto de esposa? »

Las horas pasaron prontamente en medio de estas zozobras. Remigio se había marchado el lunes, y Magdalena dejó el miércoles las Tachoueres por el tren de la mañana. Cristián, convencido de que Lasserrade estaba en Bourges hacía veinticuatro horas, se separó de ella sin desconfianza, pero con muy mal humor. Para mayor desdicha empezó á caer desde el alba una de esas lluvias de otoño que anegan el horizonte, envejecen de repente el paisaje y le ponen por adelantado la máscara de invierno... Marta había contado vagamente con la cacería diaria para empezar sus trabajos de aproximación, y se quedó desorientada é incierta. En primer lugar, ¿ qué iba á hacer de los invitados?

Todos aquellos ociosos, excepto Pefaut, que no encontraban en sí mismos más que un profundo aburrimiento y odiaban la reflexión tanto como la lectura, mataban el tiempo jugando. En cuanto tomaban el café después de almorzar, se instalaban en las mesas de *baccara*. El tiempo de vestirse para comer y la comida daban una tregua entre las siete y las diez, y en seguida vuelta á jugar hasta las doce de la noche. Tal fué el programa de aquel miércoles en el que el mal tiempo y la ausencia de Magdalena conspiraban para hacer pesada la atmósfera. También Marta jugó y perdió, y después, cuando cerró la noche, se puso á ganar y recobró cuanto había perdido más dos mil francos. El príncipe ganó también una buena suma. No dejaron el salón hasta el último minuto, cuando fué preciso ir á vestirse. La fiebre de un día de juego dominaba á todo el mundo y la comida fué bastante alegre. Marta no bebió más que *champagne* ligeramente mezclado con agua, y el príncipe, al que de ordinario vigilaba Magdalena, se dejó llevar de su instinto de bebedor heroico y se bebió él solo un frasco de cortón y una botella de *champagne* puro... En seguida volvió á empezar el juego, y cuando Marta se subió á su cuarto eran las dos de la madrugada.

« Pronto llega el momento de realizar mi plan, pensó ; quiero absolutamente salirme con mi empeño... »

Y transformada ya poco á poco en el crisol del sufrimiento y de la reflexión, trataba de justificar sus planes :

« Es mi marido... No hago nada malo tratando de recobrarle... »

Pero esa escapatoria no la engañaba :

« La verdad es que quiero hacerle creer lo que no es cierto... ¡ Bah ! Tanto peor... He sufrido demasiado y este es mi desquite... »

Marta meditó después :

« Su cuarto tiene una puerta á la biblioteca... Dentro de un momento, cuando todo el mundo esté acostado, iré á buscar un libro y dejaré caer uno muy grande para llamarle la atención. Abrirá la puerta y como entonces estaremos solos, tendremos que hablar por fuerza. »

Se repetía la frase que había imaginado para dar fuerza á la conversación : « Cristián, puesto que está usted aquí, quisiera pedirle unos instantes... »

Y el discurso, torpemente preparado, se desarrollaba en su pensamiento :

« No le acuso á usted ni le diré nada del pasado; pero sí del porvenir, de nuestro porvenir... »

Marta sabía que había un punto sensible en el alma ruda de Cristián : el respeto á su madre, la princesa Guillermina. Ahora bien, el deseo constante de la princesa era que Cristián tuviera un hijo y que no se secara con él el último tronco de los Erminge. Asociando al deseo de su suegra una

aspiración personal de maternidad, le parecía á Marta que podría dar una apariencia de verosimilitud á su intentona...

La campana inglesa que imitaba los primeros compases de las de Westminster acababa de dar las dos y media... Los ruidos de pasos y los ecos de risas se iban apagando en la casa, mientras sonaba fuera el golpear de la lluvia en los cristales y en los techos de cinc. Marta había despedido á Martina antes de que acabase de desnudarla, no pudiendo sufrir aquel testigo silencioso, aunque no confidente, de sus proyectos... Todo estaba en silencio y hasta el ruido de la lluvia se hacía más raro y más lento. Marta entreabrió la puerta para cerciorarse de que la electricidad estaba apagada por todas partes, y se estremeció, aunque no de frío... Pero de pronto recordó la necesidad imperiosa de lo que iba á hacer y temió no encontrar al príncipe ó que estuviera ya dormido...

Entonces se decidió y salió de su cuarto.

Cristián de Erminge, mientras tanto, había subido á sus habitaciones, compuestas de un gran despacho, atestado de útiles de caza, y de una alcoba cuadrada que ocupaba el pabellón de la esquina. Cristián se hizo desnudar por su ayuda de cámara y después se echó un *pyjama* y se puso á fumar mientras pasaba revista á los cartuchos de

su canana para la cacería del día siguiente. Magdalena estaba ausente y la perspectiva de aquella larga noche solitaria atormentaba á su amante. Era, en efecto, muy raro que Cristián, aun en París, pasara veinticuatro horas lejos de la condesa, á la que visitaba con una asiduidad que ella le perdonaba, aun encontrándola importuna, gracias á los lazos misteriosos de sensualidad que la unían á aquel compañero. Las semanas que pasaban en las Tachoueres eran más íntimas y casi conyugales, pues sus habitaciones, separadas en apariencia, comunicaban en realidad...

Poco soñador por naturaleza y desprovisto de imaginación, el príncipe estaba sujeto sin embargo, como todos los voluptuosos, á la obsesión de los recuerdos. Cuando acabó de examinar los cartuchos, entró en la alcoba y trató de leer los periódicos de París, pero sus ojos se negaron á ello mientras ocupaban el lugar de la lectura los detalles precisos de tal ó cual hora memorable de sus largas relaciones con Magdalena.

« ¿Qué estará haciendo ahora? » pensaba.

Y la tenaz memoria de sus sentidos evocaba el hotel de la calle de Offemont más claramente que la imaginación de un novelista.

« ¿Habrá otro en su cuarto? ¿Qué otro?... »

Solamente al pensar eso crispó la mano sobre la escopeta de dos cañones que había descolgado distraídamente del armero, y la oprimió como á un

arma que va á matar algo más que inofensivos animales del bosque... Después la volvió á colgar y reflexionó. Pensó en Remigio y le chocó de repente la coincidencia de sus maniobras militares con la ausencia de Magdalena. ¿Estarían de acuerdo?... ¡Él, burlado en las Tachoueres, mientras los dos!... Las venas de sus sienes se hincharon, y su frente, pálida de ordinario sobre la cara sonrosada, se tiñó de placas rojas... « ¡Oh! los mataría, los mataría á los dos!... » Y hubo un momento en que odió á Magdalena por la imposibilidad á que se veía condenado de poseerla toda y de estar seguro de ser solo. No la veía sometida como él hubiera querido y se juzgaba incapaz de penetrarla y de sorprenderla si un día trataba de engañarle. Como á todos los seres de gran fuerza física y de inteligencia corta, la idea de ser burlado por personas más débiles le infundía un violento deseo de herir y de abusar de su fuerza como argumento que no tiene réplica.

« ¡No!... ¡Vamos á ver!... Remigio está ciertamente en Bourges para el servicio militar. Magdalena me ha telegrafiado hoy de París... y mañana debe escribirme de Rouen... »

Se tranquilizó por este argumento sumario. Sus accesos de celos le producían un cansancio intolerable, un verdadero entumecimiento mental. Y después, impulsado por una obscura ansiedad, se apoderó de él el deseo de ir como todas las noches

al cuarto de la condesa y se dirigió á la puerta, pero la encontró cerrada por dentro. Por un instante, su cólera se descargó contra la puerta, pero el príncipe pensó en seguida que no tenía más que dar la vuelta por el corredor, pues era seguro que Magdalena no habría cerrado la otra puerta con llave.

Al salir de su habitación creyó oir el ruido de una puerta que se abría en la otra ala del castillo, y se quedó indeciso, pues no quería ser sorprendido. Pero el ruido cesó y no se oyó más que el lento gotear del agua en los tejados. Cristián echó á andar de prisa por el pasillo. La obscuridad de aquella noche lluviosa era completa. Llegó al cuarto de Magdalena, entró á tientas, dió la vuelta al conmutador de la luz eléctrica y encendió una lamparita de noche que daba de lleno en la cama Luis XV cubierta por un ligero dosel de seda verde pálido... Y al volverse para cerrar la puerta, vió á Marta en pie en el corredor, mirándole inmóvil.

Cristián no tenía ninguna presencia de ánimo. Aquel coloso era tímido y torpe como un niño ante lo imprevisto, á no ser que su timidez se convirtiese bruscamente en cólera. Marta, por el contrario, había meditado durante todo el día la eventualidad de un encuentro, así fué que miró á su marido de frente y dijo con bastante firmeza las palabras que había preparado :

— No podía dormirme y me ha dado la idea de venir á buscar un libro en la biblioteca.

El príncipe respondió :

— Tampoco yo dormía.

Y poco hábil para las invenciones, adoptó la de la princesa y repitió, casi, sus palabras :

— Y he venido á buscar un volumen que estaba leyendo Magdalena...

Mas como no se veía libro alguno en la habitación, perfectamente ordenada, Cristián añadió :

— Pero ha debido llevárselo, porque no lo encuentro.

El marido y la mujer se observaron...

No es cierto, como dicen los casuistas, que desde el punto de vista moral no haya entre el deseo y el acto más que la distancia de la posibilidad. La resolución, virtuosa ó criminal, sufre ante la ocasión una prueba suprema, en la que se miden los verdaderos y profundos designios del alma. El encuentro deseado por Marta se realizaba fácilmente. El príncipe estaba allí, hablando con ella, y su confusión por haber sido sorprendido en el cuarto de Magdalena le hacía más accesible... Pero ante la oportunidad de ponerlo por obra, toda la fealdad del proyecto se apareció de repente á aquella mujer y la dejó helada. La desnudez horrible de la mentira que llevaba consigo se reveló á sus ojos, y la princesa de Erminge distinguió en un relámpago de instinto lo que hasta entonces le había parecido tan obscuro : que tenía, en efecto, derecho á aproximarse á su marido, pero á condi-

ción de que éste conociese antes toda la verdad.

Marta estaba callada, tan incapaz de moverse como de hablar. El príncipe la miraba. La meditación y el sufrimiento expresaban en su cara esa vida interior que siempre le había faltado y sin la cual toda belleza parece fría. Los movimientos del corazón hacían palpitar la muselina bordada que la cubría. Quería marcharse y no podía, mientras los ojos del príncipe se fijaban en ella con una insistencia y una curiosidad que la espantaban... Es que la costumbre de la voluptuosidad tiene al corazón y á los sentidos de los hombres bajo un yugo mucho más rudo que la costumbre del alcohol ó del juego. Solo con su mujer, por la noche y por primera vez después de tres años, Cristián, sordamente trabajado todo el día por el recuerdo de Magdalena, vió á Marta tal como era, deliciosa con su gracia y su debilidad infantiles. El príncipe estaba así preparado por el azar mucho mejor de lo que ella podía soñar. Su mano, vacilante y un poco inquieta, buscó el brazo de su mujer... Marta le vió á su merced; no tenía más que tenderle el lazo, puesto que él mismo deseaba caer en él.

Pero aquel contacto, que no era siquiera una caricia, bastó para devolver á la princesa el uso de los músculos y la energía de la acción. Todo su ser se sublevó de repente contra lo que deseaba momentos antes y era para ella la salvación... Aquel ligero contacto de una mano en el brazo, que convertía en concreta una cosa confusamente soñada, fué el choque que provocó la reacción, como basta una chispa eléctrica para determinar una combinación química, ó la caída de un ligero cuerpo en un líquido saturado para provocar la cristalización. La verdadera forma de su conciencia se realizó súbitamente. Marta comprendió que *no quería* lo que había *imaginado*. El instinto le reveló que prefería la fuga ó la muerte á aquel engaño esencial en que su cuerpo se negaba á tomar parte. Marta retrocedió y el príncipe vió aquel movimiento y se sintió humillado. No insistió y dejó el paso libre á su mujer.

— ¡Dispense usted! murmuró con un dejo de ironía colérica en la voz.

Marta, cuya mirada expresaba el loco espanto de un animal amenazado, no tuvo el imperio sobre sí misma necesario para disimular aquel terror y corriendo al refugio más cercano, se metió en la biblioteca y se encerró en la obscuridad. Se pegó contra la puerta y esperó temerosa, sin saber si tenía más miedo del hombre que acechaba al otro lado ó de la villanía que había descubierto en sí misma un momento antes. Ni siquiera se le ocurrió encender las luces eléctricas. Por fin oyó los pasos de Cristián pasar por delante de la puerta y alejarse por el pasillo. Y la princesa salió á su vez, primero apresurando el paso y después á todo correr, se metió en su cuarto y cayó en una butaca baja, al lado de la cama.

Marta paseó una mirada asustada por el suntuoso decorado que la rodeaba, por la gracia antigua de los muebles, por la curva sedosa de las cortinas y del dosel, por los cuadros colgados en las paredes.

« ¡Imposible! murmuró... No puedo... soy muy cobarde. »

La infeliz no tenía en cuenta el honor de aquel escrúpulo de conciencia que la sumía en el más espantoso peligro cuando había dependido de ella el libertarse por una mentira.

« Ahora, se acabó... ¡Estoy perdida!... »

El horror del porvenir que la amenazaba la llenó de espanto. Toda su energía estaba quebrantada por el esfuerzo que acababa de hacer. Tuvo miedo de estar sola y llamó :

— ¡Martina!... ¡Martina!

La doncella, que dormía en el gabinete próximo, se apresuró á acudir.

— ¿Está enferma la princesa?

Marta dijo que no con la cabeza, y al mismo tiempo cogió á Martina por los puños y la atrajo hacia ella con el ademán instintivo del que se agarra para no ahogarse. Y, en efecto, se ahogaba y no sabía ya qué iba á ser de ella. Con la voz tan alterada que Martina creyó un momento que estaba delirando, dijo la princesa :

— Estoy perdida... Martina... estoy perdida.

Martina se arrodilló á su lado.

— Pero ¿qué ocurre, señora princesa?... ¿Qué puedo yo hacer?... ¿Debo llamar?...

— No... Estoy perdida... y usted lo sabe. No me lo niegue usted. Usted sabe en qué estado me encuentro.

Martina vaciló un instante y dijo muy bajo :

— Sí, lo sé.

— Pues bien, siguió diciendo Marta poniéndose en pie y cogiendo otra vez las manos de Martina con tal fuerza que le clavaba las uñas; oiga usted... Hace ya tres años que el príncipe no es mi marido... ¿Comprende usted?... Vendrá un día en que no se podrá ocultar la verdad .. Y el príncipe me va á matar... ¡Estoy perdida!

Tiritaba de fiebre, en pie al lado de la cama, y Martina, asustada por aquella brusca confesión, y sin saber si atribuirla á un acceso de fiebre, no se atrevía á responder ni á denotar que había comprendido. No hizo más que decir :

— La princesa está muy febril... debe acostarse... Yo me quedaré á su lado.

— ¿Para qué? dijo Marta.

Cedió, sin embargo, y consintió en meterse en la cama. Martina la instaló en las almohadas y se sentó á la cabecera sin pronunciar una palabra más. Comprendía que todo lo que dijera en aquel momento haría sufrir á su señora. Marta, en efecto, se había quedado inmóvil como una niña castigada brutalmente y al mismo tiempo dolorida y mal-

humorada. Su sufrimiento, sin embargo, no era el mismo que antes, pues aunque el miedo del porvenir se hubiese agravado, había en aquella pobre alma una angustia menos, la angustia de las soluciones vergonzosas que por un momento había adoptado para salir del apuro. Ahora estaba segura de que no haría nada para impedir que viniera al mundo el niño que debía nacer. No consideraba esa resolución como una victoria sobre sí misma, sino como una necesidad á la que era incapaz de sustraerse. Tampoco escaparía á la cólera de Cristián por medio de un fraude, pues, decididamente, no podía reducir su alma á semejantes inmolaciones. Y al comprender todo esto, se sentía menos desesperada.

Miró á Martina y vió en sus ojos tan ansiosa piedad, que le ofreció la mano :

— Usted es buena y adicta, Martina. Gracias.

La doncella apoyó la frente en la ardorosa manita de Marta.

— ¡Oh !... ¡Quiero tanto á la princesa !... ¡Y he tenido tanta pena !...

— ¿Por qué, Martina?

Martina vaciló :

— Porque la princesa no quería cuidarse... Y yo querría cuidar á la princesa para que todo pasara con felicidad...

Estas palabras evocaron en la mente de Marta el acontecimiento mirado por primera vez como realizable : ser madre... Teniendo á su lado aquella alma adicta, dar la vida á una criatura... Y el irresistible atractivo que esa idea ejerce en el corazón de las mujeres, la conquistó y le hizo olvidar un momento el peligro que la maternidad tenía para ella. Cansada de sufrir, soñó con la posibilidad de la dicha. Y Martina, que seguía esos pensamientos en las facciones y en los ojos de su señora, murmuró :

— ¡Es tan dulce!... La princesa verá... ¡Es tan consolador el ser... (vaciló otra vez y dijo al fin muy confusa :) el ser una mamá !

Marta se incorporó un poco :

— Dice usted eso, Martina, como si lo supiera por experiencia.

— Sí, princesa, lo sé por experiencia.

— ¡Cómo! ¿Tiene usted un hijo?

— Lo tengo.

— ¿De su amante de usted?

— No tengo amante.

— Entonces...

— He amado á un hombre con quien debía casarme.

— ¿Y la abandonó á usted cuando la vió madre?

— No... Era un hombre honrado... Quería sinceramente casarse conmigo y habíamos fijado la fecha... Desgraciadamente, murió antes...

— Perdón, Martina; le estoy dando á usted pena...

No me tenga usted rencor... ¡Soy tan desgraciada!... No sé ya lo que hago...

— ¡Princesa!...

Y, tímidamente, Martina apoyó los labios en el cuello de Marta Fué aquel un beso ligero y humilde, el beso de un creyente á la reliquia venerada; pero su tímida dulzura descendió como un fresco rocío hasta el corazón angustiado de la patricia.

— Martina, murmuró, pongo en usted toda mi confianza y la quiero mucho.

Marta quería hacer una pregunta y no se atrevía... Por fin se decidió :

— ¿Quiere usted, si no le da mucha pena, contarme la historia de ese niño?

— Ciertamente, pero la princesa vá á encontrar que esa historia carece de interés... En fin, esta es... Soy de un pueblo que se llama Gizy. Mis padres eran labradores bastante acomodados y me educaron para ser institutriz. He hecho mis estudios en la escuela normal de la provincia.

— ¿Qué estudios?

— Todos los estudios primarios.

— ¿Ha sufrido usted, entonces, exámenes?

— Claro está. Tengo los dos títulos y lo que se llama certificado de aptitud pedagógica.

— ¡Es usted muy instruída, entonces!. .

— ¡Bah! Todo eso no supone mucha ciencia, dijo Martina sonriendo. Me gustaba estudiar, y creo que, si las circunstancias lo hubieran permitido, hubiera

hecho mi camino en la enseñanza. Por desgracia, mi padre murió y mi madre se dejó explotar por un mayordomo que acabó por casarse con ella, por lo que yo no me encontraba á gusto en mi casa. Cuando fuí nombrada maestra auxiliar en Ricant, me consideré como huérfana y me hice cuenta de que no tenía á nadie en el mundo. En la escuela de niños había un maestro joven...

— ¿Y le hizo á usted el amor?

— Nos veíamos todos los días, y en aquella población obrera éramos los únicos que se ocupaban en cosas intelectuales.

— ¿Era guapo? preguntó Marta. Y en seguida conoció la necedad de su pregunta.

— No era uno de esos hombres á quienes las mujeres se disputan. Era un poco más bajo que yo, robusto y grueso. Pero yo le amaba porque era la bondad y la rectitud personificadas. Creo que hubiéramos sido muy felices.

Se calló unos instantes y por detrás de sus ojos pasó una nube que ella, por un esfuerzo, impidió que se resolviera en lágrimas. Marta sintió un extraño deseo de acariciarla y consolarla como ella la había acariciado y consolado.

Martina siguió diciendo :

— Cuando no hacía un año que estábamos juntos en Ricaut resolvimos casarnos en cuanto mi futuro fuese nombrado maestro de segunda clase, lo que debía suceder dentro de uno ó dos trimestres...

Como no teníamos nada ni el uno ni el otro, había que pensar en los gastos de un matrimonio.

« ¡Los gastos de un matrimonio! ¿Cuesta dinero el casarse, aunque se sea pobre? » pensó Marta, sin hacer la pregunta. La princesa escuchaba á Martina con lástima y curiosidad, asombrada por la revelación de aquella vida sentimental en el alma de una criada. Había estado siempre convencida de que « esa gente », como su madre los llamaba, formaban una tropa inferior y hostil de seres sin conciencia, sin honor y sin sensibilidad, que sólo pensaban en atrapar dinero, en trabajar lo menos posible, y en hacer daño á los amos. La vida entre ellos era la licencia de los animales, sin ningún freno, y pasaban cosas sin nombre en las boardillas donde la costumbre los aloja. Pero eso no tenía importancia, puesto que eran de otra raza.

— ¿Y entonces?... dijo Marta mirando á Martina como si la descubriera por primera vez á través de su cara y de sus palabras.

— Entonces... nos amamos mucho, como dos esposos. Las escuelas estaban próximas y Antonio venía á mi casa en cuanto la noche lo había dormido todo en la aldea... En el mes de febrero eché de ver que estaba en cinta y los dos nos alegramos puesto que íbamos á casarnos y á cambiar de residencia. Pero (Martina bajó la voz y terminó su relato sin énfasis alguno, sino con dolorosa sencillez), en la primavera, Antonio cogió un catarro que pronto se convirtió en bronquitis. La señora princesa puede comprender que prescindí entonces de las conveniencias y me fuí á cuidarle en su casa como una mujer cuida á su marido... Murió en mis brazos y los médicos vieron entonces que lo que había tenido no era bronquitis, sino la fiebre tifoidea.

— ¿Y no se casó con usted antes de morir?

— Su fin fué muy rápido. Y cuando yo supe que se moría, no pensé en nada más que en estar á su lado.

El silencio reinó de nuevo en el cuarto. Marta no pensaba ya en sus terrores y se poseía con una gran fuerza imaginativa de la trivial historia que Martina acababa de contarle. La doncella continuó:

— Cuando todo acabó, caí enferma á mi vez... y me cuidé lo mejor que pude en Sens, pues quería vivir para lo que vivía en mí de mi difunto marido. Apenas restablecida, hubo que pensar en el parto... y me vine á París, donde nadie me conocía... Aquí tuve un niño precioso... sí, realmente (su cara se iluminó), un niño precioso.

— ¡Oh! Martina, murmuró la princesa, no sabe usted lo que me interesa lo que me está contando...

— Terminado mi parto y puesto el niño en nodriza, mis recursos estaban agotados... Me era di-

fícil volver á la enseñanza, porque mi historia se había divulgado y hubiera sido mal vista por mis jefes y, acaso, por las familias. Una señora extranjera, que había ido á dar á luz en casa de la misma partera que yo, necesitaba una camarista que fuese también dama de compañía, y como pagaba tres veces más de lo que podía yo ganar como maestra, me quedé con ella en París unos años hasta que se volvió á su país. Es la única plaza que he tenido antes de venir á casa de la señora princesa.

— ¿Y el niño?

— Está cerca de Saint-Cloud, en casa de una viuda muy seria que cuida de él. Es feliz como un reyecito... Nada le falta. Yo no gasto nada en mí, y la princesa es tan generosa...

— ¡Oh! exclamó Marta dando una palmada. ¡Ahora comprendo!... Sus salidas de usted... lo que yo creía avaricia... ¡Qué mal la he juzgado á usted, Martina!

— Me lo figuraba y eso me daba pena. Pero me consolaba con mi Pedro, que es el que me consuela de todo.

— ¡Ah! murmuró Marta, usted es feliz.

— No puede serlo la que ha perdido el hombre á quien amaba y á quien había consagrado toda su vida. No soy feliz, pero estoy consolada.

La princesa meditó un rato.

— Una cosa me extraña, respondió. Usted ha sido (vaciló y dijo después con una delicadeza que

ya mostraba el refinamiento de su sensibilidad) la... mujer de su marido sin recurrir al sacerdote, y yo la creía religiosa.

Martina respondió sin confusión:

— Es verdad que soy ahora bastante piadosa, pero antes de la muerte de Antonio no lo era.

— ¿Cómo es eso?

— Las alumnas de las escuelas normales son casi siempre librepensadoras. Yo no era más que indiferente y ninguna repugnancia me apartaba de las iglesias. Cuando me arrodillé al pie de la cama mortuoria de mi marido á recitar oraciones que hasta entonces me habían parecido solamente lindas amplificaciones poéticas, la necesidad de esperar que volvería á ver al que había perdido ó, al menos, que su pensamiento se comunicaría alguna vez con el mío, me infundió el deseo de ser creyente... y lo he conseguido.

— No se cree así, á voluntad, respondió la princesa.

— Puede ser, cuando se es muy fuerte y muy dichoso. Pero una pobre mujer abandonada no tiene que sostener grandes luchas para refugiarse en la oración y en la fe, puede usted creerme.

— Yo no creo en nada, dijo tristemente la princesa.

Echó entonces, por instinto, una mirada hacia sus adentros y tan negro le pareció su destino, que envidió con apasionada sinceridad la suerte de la

humilde muchacha que acababa de contarle su juventud. Y se atrevió á decírselo, hasta tal punto agonizaba su vanidad :

— La vida ha sido cruel para usted, pero tiene usted un hijo que la consuela.

Con un ademán vivo y gracioso, Martina se acercó al oído de su señora :

— Señora princesa, sólo depende de usted el tener también ese consuelo.

— No, yo no puedo ser madre. Ya conoce usted al príncipe : si no me mato antes de que sepa la verdad, me matará él...

Martina no respondió y se quedó pensativa. Como la princesa, no veía salida para aquella situación. Durante algún tiempo, señora y doncella permanecieron inmóviles deteniendo en el mismo obstáculo el esfuerzo de su pensamiento. Martina cerró el conmutador y sólo dejó encendida una lamparilla velada de azul. El opaco silencio de las altas horas de la noche pesaba sobre el castillo y sus alrededores. El ruido de la lluvia había también cesado.

Vuelta al lado de su señora, Martina arregló las ropas de la cama y mulló las almohadas. Cuando todo estuvo en orden, se arrodilló sencillamente á la cabecera y se quedó inmóvil con la frente oculta entre las manos. Marta no tuvo que preguntarle qué hacía porque lo adivinaba.

« Está rezando... por mí, sin duda, la pobre muchacha... ¡ Ay ! las oraciones no son más que sueños y cosas en el aire. La vida es mala y no la guía nada inteligente fuera de nosotros... »

Sin embargo, la presencia de aquel ser humano prosternado al lado suyo y cuyo pensamiento intentaba apaciguar el rigor de la suerte, producía en ella un singular efecto de pacificación. Sus nervios, menos irritados, cesaron de impedirle dormir y Marta cayó en un sueño de olvido entrecortado de cortos insomnios.

La última vez que tuvo conciencia de despertarse así vió penetrar el alba por los intersticios de las cortinas.

Martina no estaba ya arrodillada. Se había sentado junto á la cama, pero sus ojos vigilantes estaban abiertos y sus labios se movían como si siguiese rezando.

À la misma hora y en el amanecer brumoso, pero sin lluvia, que despertaba á París, las ventanas del hotelito en que vivía Magdalena en la calle de Offemont casi en la esquina de la de Prony, presentaban sus persianas de hierro herméticamente cerradas, excepto un tragaluz del piso tercero, habitación, sin duda, de la criada á quien estaba encomendada la guarda de la casa. En efecto, una doméstica bastante linda salió del hotel, con la cabeza cubierta con una toquilla de lana, observó los alrededores y tomó por una calle próxima, en la

que estaban las escasas tiendas del barrio. Poco después volvió trayendo algunas provisiones en una red. Y el hotel mostró de nuevo su aspecto de tristeza y sus persianas cerradas.

Sin embargo, el hotel vivía bajo sus apariencias de silencio y de sueño. Por la fachada opuesta, que daba á un jardinito de muñecas lleno de crisantemos y de dalias, se veía abierto de par en par el saloncillo contiguo á la alcoba de Magdalena.

En el momento en que el primer rayo de sol alegró el saloncillo estaba Magdalena desayunándose con un convidado que á primera vista parecía una mujer, pero que no era otro que Remigio Lasserrade cubierto con un peinador de Magdalena, que sentaba perfectamente á su fisonomía imberbe y á sus cabellos rizados. El día antes, al cerrar la noche, el joven se había metido en el hotel después de asegurarse de que nadie le veía. Á la madrugada, Magdalena, inquieta por Cristián, aunque sabía que estaba en las Tachoueres, intentó despedir á su huésped, pero el obstinado paje declaró que no tenía gana ninguna de pasearse por el parque Monceau á las cuatro de la madrugada, con aquel tiempo húmedo, y cuando sería, acaso, imposible encontrar un coche, y que, por otra parte, se encontraba muy bien y estaba resuelto á no marcharse hasta el día siguiente después de haberse desayunado, y aun esto no lo prometía. Magdalena, divertida y enamorada, había cedido.

¿Cómo resistirse á aquel chiquillo perverso y gracioso, tan fecundo en ocurrencias como en caricias y al que empezaba á querer con la fuerza de una voluptuosa á punto de llegar á la cuarentena? Sí, aquella vez amaba, no sólo con el deseo, sino con una extraña y apasionada ternura. ¡Si ella hubiera podido! ¡Si él hubiera querido! Por su mente cruzaban ensueños que á ella misma la asombraban y que no confesaba á Remigio temiendo la ironía con que él profanaba inexorablemente toda frase sentimental. ¡Irse á vivir juntos en el extranjero, aunque no fuese más que un año, lejos de la tiranía de Cristián y del bullicio parisiense! ¡Vivir juntos, como aquella noche en la blanca alcoba, que nunca había abrigado una Magdalena tan enamorada, y como aquella mañana, en comidita de amantes con ese paje delicioso, apenas menos lindo que una mujer, tan ingenioso, tan perverso, y tan bravo al mismo tiempo, pues no ignoraba los peligros de aquella cita!

Magdalena pensaba estas cosas indecisas, grave á pesar de su esfuerzo por parecer alegre, y contemplaba á aquel niño disfrazado comiendo tostadas y mirando distraídamente al jardín. La noche no había siquiera impreso la menor señal de fatiga en torno de los ojos azules de Remigio, mientras que ella observaba con espanto, en un espejo próximo, la imagen marchita de sus facciones. Remigio soltó de repente una carcajada de colegial.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"